

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, ALBACEA DEL MODERNISMO EN EL DIARIO *EL SOL*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, GUARDIAN OF MODERNISM IN THE
NEWSPAPER *EL SOL*

Jaime PUIG GUIADO
Universidad de Sevilla

Resumen: Juan Ramón Jiménez fue uno de los poetas que mejor interiorizó el lenguaje del modernismo que introdujo en España Rubén Darío al convertirse en uno de los más fieles y comprometidos difusores de su poética, gracias a las relaciones de amistad que establecieron. Este homenaje continuo del moguerense al nicaragüense lo encontramos en diversos escritos, en este caso, en el diario *El Sol* de Madrid, donde Juan Ramón desempeña un rol de albacea de su obra, además de receptor constante del influjo de su poesía.

Palabras clave: Juan Ramón Jiménez, modernismo, *El Sol*, Rubén Darío, azul.

Abstract: Juan Ramón Jiménez was one of the poets who best embraced the modern style introduced in Spain by Rubén Darío, since he was one of the most faithful and committed exponent of his poetry and they had a close friendly relationship. It is possible to find all of this in many documents, for example, in the newspaper *El Sol* of Madrid. In this article Juan Ramón plays the role of representative of the new poetry of Rubén Darío.

Keywords: Juan Ramón Jiménez, modernismo, *El Sol*, Rubén Darío, blue.

1. JUAN RAMÓN ESCRIBE EN EL SOL

El Sol fue un diario madrileño que se publicó desde 1917 hasta 1939, impulsado por Nicolás María de Urgoiti, y considerado como uno de los periódicos más punteros de Europa. Gracias a la intención de cambio social y cultural desde una posición progresista y a la filiación con José Ortega y Gasset, comenzaron a escribir en sus páginas intelectuales como Azorín, Unamuno, Baroja, Ayala o Díez-Canedo (Fontán-Pérez, 2008).

Hasta 1931 no se incorpora como colaborador oficial en el diario *El Sol* el poeta Juan Ramón Jiménez, aunque desde los primeros años de su publicación ya contribuye con algunas aportaciones aisladas. Tras presentarlo como un genio

en la prosa y el verso, y entroncarlo con la escritura mística universal a través de su estética única, anuncian su primera crónica:

EL SOL se felicita y felicita a sus lectores por esta incorporación, a la que tributamos el máximo honor. En la crónica de periódico, Juan Ramón Jiménez es maestro inimitable, y de ello nos ofrece la primera muestra en este número (30/08/1931).

Hasta la fecha había publicado, sobre todo, pasajes líricos, bien en prosa o en verso, dándole en otros casos visibilidad a algunos episodios epistolares de relevancia que había tenido con otras personalidades. Sin embargo, en los números siguientes a este no encontramos en el periódico una intención clara de Juan Ramón por el oficio de cronista en su concepción de periodista que relata una sucesión de hechos de la actualidad, ya que sigue publicando principalmente verso y prosa poética, normalmente poemas y algunos retratos líricos que luego formarán parte de su colección de *Espanoles de tres mundos*. En consecuencia podemos pensar que *El Sol* se refiere a lo que la crítica ha denominado “crónica modernista”, algo que ya practicaron los hispanoamericanos Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal o Rubén Darío¹, y que aprendieron de los franceses, como una forma de llevar al presente lo pasado (Hajjaj, 1994: 30), configurándose además como un subgénero híbrido² que orbita entre el cuento, la crónica periodística o el ensayo, y que en este caso analizaría la realidad desde una perspectiva lírica y con un formato prosístico.

2. JUAN RAMÓN Y LOS AUTÓGRAFOS DE DARÍO

En los años 20 se producía una crisis económica de gigantes dimensiones en Rusia producida por los conflictos internacionales con otros países y la escasez de recursos agroalimentarios, suceso que marcó a la España del momento, la cual intentó colaborar con la causa a través de múltiples recaudaciones. La prensa tuvo un papel muy relevante en estos años como medio de difusión de los detalles de esta tragedia que afectaba a tantos niños que se morían de hambre, además de impulsora de diversas iniciativas para reunir dinero suficiente para enviar a Rusia. Esta necesidad humanitaria fue considerada primordial en el diario *El Sol*, que publica casi diariamente una lista de personas que han contribuido a salvar a los niños del este, desde campesinos hasta aristócratas, unos menos y

¹ José Olivio Jiménez propone a José Martí como uno de sus primeros promotores (1993: 538).

² La voluntad de estilo de esta formulación linda con el periodismo, pues según Hippolyte Taine “el *chroniqueur* se concentra en la *petit histoire*, en *le mouvent contemporain* y no aspira a narrar los grandes eventos políticos o sociales”, mientras que el “*chroniqueur*, como el filólogo à la Renan o el literato, desea que su discurso esté marcado por su personalidad, es decir, que tenga un estilo propio e inconfundible” (González, 1983: 74). Juan Ramón adoptaría el rol de *chroniqueur* siguiendo esta distinción a partir de la que estampa su marcada personalidad.

otros más, pero los catálogos de nombres y cantidades resultan suficientemente extensos como para suponer una importante colaboración.

En este contexto, Juan Ramón Jiménez decide colaborar con la colecta, pero no de la manera ordinaria por la que opta el resto de españoles, sino con una propuesta que en el subtítulo del periódico se destaca de la siguiente forma: “Juan Ramón Jiménez regala veintidós autógrafos de Rubén Darío” (*El Sol*, 17/02/1922: 1). Esta donación tiene como origen una carta que el poeta envía al director del diario, Manuel Aznar, indicándole que le traslada 22 poesías autógrafas de Rubén Darío. Esto nos indica que el moguereno las habría recibido por parte del propio Rubén, que se las entregaría en alguno de sus encuentros como queda atestiguado en el número:

Rubén Darío, que era la esplendidez misma, me regaló, entra otras joyas, los manuscritos de sus *Cantos de vida y esperanza*, libro cuya primera edición me hizo el honor de confiarme desde París. De ellos he dado algunos a determinadas personas, que los han solicitado de mí con noble deseo, y a otras, para quienes yo pensaba que serían posesión deleitable; posponiendo, como creo justo, a este goce más amplio, mi natural egoísmo de propietario único. Sé que Rubén Darío, si viviese, aprobaría, como antes la mayor parte de las otras entregas —en algunas, tal vez, me he equivocado, y desde aquí pido perdón al poeta—, la que hoy hago de los 22 autógrafos que me quedan de esta colección, en beneficio de una obra tan hondamente poética como esta que España empieza a realizar ejemplarmente, excitada por una vehemente iniciativa.

Estos manuscritos de la primera edición de *Cantos de vida y esperanza* son tomados por Juan Ramón como un tesoro de precio incalculable al provenir de su venerado maestro, que además adquieren un valor sentimental por el hecho de alimentar el orgullo del moguereno por el hecho de ser uno de los primeros poseedores de la obra del nicaragüense. Aun así, se permite compartir esta exclusividad con otros amigos que le han solicitado los autógrafos y, en el momento en el que son publicadas estas líneas, se donan para una buena causa como es la del combate del hambre de los niños rusos. Las 22 poesías autógrafas son:

- 1.—¡Mientras tenéis, oh, negros corazones!, etc.
- 2.—Helios: (¡Oh, ruido divino!, etc.).
- 3.—Spes: (Jesús, incomparable perdonador de injurias, etc.).
- 4.—Los cisnes: (¡Qué signo haces, oh, cisne, con tu encorvado cuello!, etc.).
- 5.—Los cisnes: (¡Por un momento, oh, cisne, juntaré mis anhelos!, etc.).
- 6.—Los cisnes: (¡Antes de todo, gloria a ti, Leda!, etc.).
- 7.—Nocturno: (Quiero expresar mi angustia en versos que abolida, etc.).
- 8.—¡Oh, terremoto mental, etc.
- 9.—El verso sutil que pasa o se posa, etc.

- 10.—Divina Psiquis, dulce mariposa invisible, etc.
- 11.—¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito, etc.
- 12.—A Phocás, el campesino (Phocás, el campesino, hijo mío, ¿qué tienen?, etc.).
- 13.—¡Carne, celeste carne de la mujer! Arcilla, etc..
- 14.—Madrigal exaltado
- 18.—Marina: (Mar armonioso, etcétera).
- 16.—¡Ay, triste del que un día en su esfinge interior!, etc.
- 17.—Augurios: (Hoy pasó un águila, etc.).
- 18.—Caracol: (En la playa he encontrado un caracol de oro, etcétera).
- 19.—Nocturno: (Los que auscultasteis el corazón de la noche, etcétera).
- 20.—Programa matinal (Claros horas de la mañana, etc.)
- 21.—Ibis : (Cuidadoso estoy siempre ante el Ibis de Ovidio, etcétera).
- 22.—Thanatos: (En medio del camino de la vida..., etc.) (*El Sol*, 17/02/1922: 1).

Estos poemas manuscritos de *Cantos de vida y esperanza* tienen, según Juan Ramón, “importantes enmiendas, variantes, iniciaciones, andamios, propósitos, algún dibujo, etc.” (*El Sol*, 17/02/1922: 1), por lo que cobran aún más valor, además de implicar que Jiménez tendría un conocimiento bastante privilegiado de los orígenes de la escritura del nicaragüense, de sus impulsos literarios, de los motivos de corrección o de su interacción con otras artes gráficas al acompañarse de dibujos, lo cual quizá sea una fuente de inspiración y que no dejará seguramente al mogueño indiferente, quien empezó dedicándole más tiempo a la pintura que a la poesía en sus comienzos como artista. Por ello, apuesta por un comprador generoso como indica a continuación:

Esa Comisión, Sr. Aznar, es dueña de vender los manuscritos reunidos o separados, como más dinero den. Yo voto que se vendan reunidos a ese millonario señor inteligente, en quien estoy pensando, y quien no dudo que pagará por ellos la hermosa suma que brilla y suena ya en mis sueños camino de Rusia.

De usted afectísimo, seguro servidor y amigo, Juan Ramón Jiménez (*El Sol*, 17/02/1922: 1).

Ese “millonario señor inteligente” bien podría referirse a Archer Milton Huntington, al que ya le regaló el manuscrito de la “Oda a Teodoro Roosevelt” para que pudiera ser consultado en la Hispanic Society (Jiménez, 2012: 271). Sin embargo, al final del escrito no parece que esta sea la intención del periódico, que prefiere venderlo a un español:

¡Autógrafos de Rubén Darío! Y no autógrafos de esos que a un hombre célebre se le piden cualquier pretexto, obligándole a improvisarlos. Se trata del original que Rubén Darío envió a la imprenta para su libro *Cantos de vida y esperanza*. El regalo que Juan Ramón Jiménez hace a la Comisión, para que ésta lo convierta en dinero a favor de los niños rusos, es delicadísimo y de gran valor.

No dudamos de que habrá en España muchos apasionados de Rubén Darío que se apresurarán a comprar estos autógrafos. Sabemos que fuera de España sería fácil encontrar espléndido comprador. Pero preferimos, antes, ofrecerlos a los españoles pudientes. Y esperamos las ofertas de dinero que se nos hagan (*El Sol*, 17/02/1922: 1).

Cinco semanas después de publicarse la generosa donación de Juan Ramón, encontramos un nuevo reclamo para ayudar a la Rusia hambrienta, que desglosa diversas participaciones como, por ejemplo, un concierto benéfico en Sevilla, exposiciones para recaudar fondos en Granada y Oviedo, y otros donativos o colectas por parte de importantes personalidades o sociedades, además de una nueva mención a los manuscritos de Rubén:

Como era de presumir, los autógrafos del gran Rubén Darío, inapreciable donativo, aportado por D. Juan Ramón Jiménez con un espíritu de generosidad digno del mayor elogio, para engrosar la recaudación en favor de los niños hambrientos rusos, ha despertado en numerosos aficionados, admiradores del poeta o coleccionistas de autógrafos notables, grandes deseos de adquirirlos. Hasta la fecha se han recibido bastantes ofertas; pero la subasta sigue abierta, y llegará a alcanzar seguramente una elevada cifra. Oportunamente daremos cuenta de quiénes son los principales pujadores en este interesante concurso (*El Sol*, 14/03/1922: 1).

Más adelante, en relación a la recaudación que se lleva a cabo en Sabadell, se indica que “El escritor D. J. Pallarés Castelló publicó un artículo en el “Diario de Sabadell” adhiriéndose a la campaña del señor Martínez Sierra en favor de los rusos hambrientos” (*El Sol*, 14/03/1922: 1). Por lo tanto, al ser Gregorio Martínez Sierra -amigo íntimo del mogueño- el impulsor de la colecta, la implicación de Juan Ramón aumentaría, no sin obviar su carácter solidario y humanitario que ya demostraba el matrimonio Jiménez-Camprubí al acoger a los niños huérfanos de la Guerra Civil, así como en cuanto a la planificación más tarde de proyectos juveniles como la colección *Antología. Niños y adolescentes* (1951) publicada por la editorial Losada o anteriormente el universal *Platero y yo* (1914).

Una buena muestra de la generosidad de Jiménez al conceder estos versos al periódico para la causa la podemos encontrar en la influencia que demuestran en su propia poesía algunos de los poemas donados. Desarrollamos el resto de versos del “Nocturno 19” – siguiendo la numeración de Juan Ramón en *El Sol* – de Darío a continuación:

Los que auscultasteis el corazón de la noche,
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vago, un ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,
sabréis leer estos versos de amargor impregnados...!

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

Todo esto viene en medio del silencio profundo
en que la noche envuelve la terrena ilusión,
y siento como un eco del corazón del mundo
que penetra y conmueve mi propio corazón (1932: 909-910).

Este poema marcará hondamente a Juan Ramón, puesto que, aunque no valora que “está firmado con la propia sangre del poeta” (*El Sol*, 17/02/1922: 1) como sí lo afirma del “Nocturno 7”, hay una clara analogía en las escrituras posteriores del mogueřeño. En *Piedra y cielo* (1929) ya encontramos una poética totalmente consciente de su pureza o desnudez; sin embargo, el argumento dariano sigue estando muy presente tal y como comprobamos en este “Nocturno”:

La Vía Láctea
sale de mí, pasa por ti,
y vuelve a mí, círculo único.

-¡Qué dos columnas
sustentadoras del universo!-

¡Y qué luz tímida,
qué plata plácida,
para callarse lo que no es! (2008: 84).

Si avanzamos diez años en el tiempo, en el poema “La cojita” observamos el mismo procedimiento de introducir el universo en el alma del yo poético en semejanza al “Nocturno 19” de Darío que guardaba Juan Ramón:

Un cielo de ensueño y seda,
hasta el corazón se entra.
Los niños, de blanco, juegan,
chillan, sudan, llegan (*El Sol*, 05/05/1929: 10).

Sin embargo, en este contexto hay un uso más terreno del poema por parte del diario al encuadrarlo en la sección “Antología del hogar”, mostrando un claro afán de conectar la literatura con la vida cotidiana, pero podemos seguir detectando el hilo lírico que aún comparte con el nicaragüense.

3. A FAVOR DEL MODERNISMO

Seguramente Juan Ramón conocería a Rubén Darío por primera vez a través de la lectura de “Urna votiva” en la revista *Vida nueva* en 1898 (Sabugo-Abril, 1991: 131), aunque no significa por ello que fuera su primer contacto con la poética modernista según indica Urbina:

JRJ conocía ya por entonces la obra de los dos primeros modernistas españoles: Manuel Reina y Salvador Rueda, este último más influyente en los círculos literarios de Madrid: ritmo, colorismo, vocabulario exótico, imaginado mundo oriental... y todo ello evocador y sugeridor de un sentimiento... Algo muy acorde con el personal modernismo de JRJ, y que, de algún modo, prepara la decisiva influencia de Rubén Darío (1994: 33).

Esta decisiva influencia tomará forma cuando Francisco Villaespesa le envía la difundida carta para conocer a Darío y engrosar las filas del modernismo, a lo que Juan Ramón respondería con una excitada actitud que años más tarde recordará en *El Sol* con un texto titulado “Recuerdo al primer Villaespesa” (10/05/1936: 5) y que recuerda esos primeros años de euforia modernista, pues “de la mano de Villaespesa, JRJ pudo conocer a Azorín, Pío Baroja, Benavente, Martínez Sierra, Rueda, Valle-Inclán..., y a Rubén Darío” (Urbina, 1994: 37).

Desde entonces, el de Moguer queda fascinado por la estética de moda, la cual sigue diligentemente, incluso años más tarde, aun habiéndose superado el lenguaje epocal propio del momento, rumbo hacia una poética más esencial y pura, sigue manteniendo una defensa del movimiento finisecular y, por supuesto, de su representante principal en el ámbito panhispánico, lo que desembocará en abundantes manifestaciones futuras. Una de ellas trata de un episodio relacionado con esta defensa de “su Rubén Darío”, anunciándose en la página 6 de *El Sol* el 3 de noviembre de 1923, donde se hace publicidad al semanario *España*, que publica la carta llamada “Contra y por Rubén Darío” (también en

Jiménez, 2012: 211-215). La historia se remonta a un hecho de sociedad en el cual Juan Ramón Jiménez es invitado por el señor Pando Baura, de la Junta Suprema de Patronato del Primer Congreso de Juventudes Hispanoamericanas y de la secretaría del Ayuntamiento de Madrid, para ser designado vocal con derecho a decidir sobre el levantamiento en Madrid de un monumento en honor a Rubén Darío. Juan Ramón lo rechaza porque no quiere relacionar a su admirado maestro con el ámbito político-administrativo y ensuciar su imagen de poeta de intimismo místico, aun estando en esta congregación personalidades tan reputadas en la época como Antonio Machado, Azorín, Ortega y Gasset o Pérez de Ayala:

La ¿popularidad? que, desde los últimos años de su vida, arrastra diariamente a Rubén Darío de un lado absurdo a otro vano, nace, por desdicha del poeta, de aquellas vagas concesiones de su turbio ocaso, que sería más piadoso borrar para siempre con una oscura noche limpia. La jente toda, con motivo o sin él, viene cojiendo, hace diez o doce años, al bondadoso y grande americano — como otro día a nuestro pobre andaluz Bécquer, —para lugar común constante —cita, parodia —de una ridícula, barata farsa de gloria. ¡No, no más! Si el poeta, al final de su traqueteada y triste existencia, cayó un poco— por sinrazones sólo disculpables «en él», que tanto tenía de razón alta —en ciertos nauseabundos beleños de patriotería, academicismo y compadreo fácil, la obligación de quienes lo admirarnos de veras es no hundirlo más —con la pesada mortaja de un uniforme que él se puso a veces, inconcientemente, como un niño— en ellos; sino levantarlo, en una purificación de respetuoso «olvido transitorio», hasta que quede únicamente de él lo que no puede nunca entrar en carroza de cartón ni velada de encrucijado Ateneo, a una música celestial... de plafón con semimusas (España, 03/11/1923: 2).

Juan Ramón se muestra como un defensor acérrimo de Rubén Darío. No solo posee los poemas autógrafos de *Cantos de vida y esperanza*, sino que es una de las personas de contacto más cercanas en España y una de las más idóneas para representar al nicaragüense. Respeta profundamente al poeta, por lo que desprecia este tipo de actos conmemorativos inertes que no hacen más que desgastar su imagen con un superficial y frívolo tratamiento, para quedarse con esa música celestial tal y como entiende Juan Ramón sus versos rítmicos de Darío.

Juan Ramón Jiménez no solo homenajea al nicaragüense universal en las páginas publicadas de *El Sol*; también observamos un claro reconocimiento a otras personalidades del modernismo español como el ya mencionado Villaespesa. También hay una mención al “colorista español”, título que elige para unas palabras dedicadas a Salvador Rueda, en las que expone su propia relación con el malagueño mediante el arte del retrato, práctica que formará el eje constante de la colección posterior *Españoles de tres mundos* (2009) y que Blasco-Pascual (1995) ha analizado de forma lograda:

Un diario de Madrid, en su nota necrológica sobre Salvador Rueda, dice que el “colorista” malagueño influyó en mis tempranos intentos poéticos. Es verdad. Conocí a Salvador Rueda (y a Rubén Darío, Jacinto Benavente, Ramón del Valle Inclán, “Azorín”) el mismo día de mi primera llegada a Madrid. 1898. Peregrinación excitada y pálida por las tertulias literarias de la época, guiado por Fco. Villaespesa, sombrero de copa, levita entallada, empaque d’annunziano, adelantando general entonces de todos los ismos habidos y por haber. Lo vi después en casa del escritor “colorista” Julio Pellicer, cordobés nostálgico, que tenía una “tarde andaluza” con montilla disimulado bajo bandera nacional: y en la de los Mtnes. Sierra, amigos fervorosos de Salvador Rueda. Más tarde lo visité en su oficina del Casón, almagra y frío, que él creía Grecia. Tuvo la bondad de visitarme en mi sanatorio del Retraído, con traje blanco de albañil, a veces gorra y alpargatas, que “uso, Juanito- me decía-, para mezclarme de veras con el pueblo”. La última vez que lo vi fue, creo, ¡cuánto tiempo!, en 1903 (*El Sol*, 09/04/1933: 2).

En ese mismo texto equipara el movimiento en que se encuadra Salvador Rueda a un nuevo renacimiento, algo que fijaría más adelante, a modo de segunda edad de florecimiento cultural de las letras hispánicas, en las conferencias impartidas en Puerto Rico en su etapa de exilio, y que luego se recogerían por escrito en *Modernismo. Notas de un curso* (1953). También se alude a esta idea en *Mi Rubén Darío* al presentar a Benavente como “príncipe entonces de aquel renacimiento” (2012: 265) o en otros muchos ejemplos. Este sentir generalizado de la época remitirá, entre otras conexiones, al colorismo petrarquista que inunda España en el siglo XVI y que está muy presente en Rueda:

Por aquellos años estaba de moda en España el “colorismo”, inmediatamente anterior, ¡ay! al “modernismo”. Los maestros modernistas eran D. Manuel Reina, de Córdoba, que caía del segundo Parnaso francés, y Salvador Rueda, predecesor de Rubén Darío (*El Sol*, 09/04/1933: 2).

Para dejar constancia de ello presenta el poema de Rueda, soneto “colorista” que expone como gran homenaje al modernismo:

Por los húmedos campos, por los campos callados,
que el lucero del alba baña en crudos albores,
coronadas de lirios de serenos olores
van las Mayas, envueltas en sudarios nevados.

Con los cándidos ojos dulcemente cerrados,
al compás embriagante de sus arpas de flores,
van las Mayas cantando a los tiernos amores,
a las almas virjineas, blancos himnos sagrados.

De repente, el sol fauno, labios de oro caliente,
da a las Mayas un beso en la púdica frente,
inflamado en deseos de un amor bacanal.

Y por él perseguidas, se refugian temblando
en el pino sombrío, detrás de ellas dejando
una estela de aromas de frescor virginal (*El Sol*, 09/04/1933: 2)

4. LA HERENCIA AZUL

El colorismo petrarquista que expone Juan Ramón como idea estética imperante en los albores del modernismo también está muy presente en su propia poesía, y no solo parte de él o de sus influencias de la tradición española, sino que también es animado por el propio Rubén Darío con el fin de empoderarse del fenómeno lírico de la evocación, sobre todo, usando la ensanchada dimensión significativa que había cobrado el color azul, con el que bien se puede resumir toda esta estética que adquiere cada vez más importancia en el ámbito hispánico y que queda sellada en el celeberrimo poema dedicado al mogueño:

¿Tienes, joven amigo, ceñida la coraza
para empezar, valiente, la divina pelea?
¿Has visto si resiste el metal de tu idea
la furia del mandoble y el peso de la maza?

¿Te sientes con la sangre de la celeste raza
que vida con los números pitagóricos crea?
¿Y, como el fuerte Herakles al león de Nemea,
a los sangrientos tigres del mal darías caza?

¿Te entenece el azul de una noche tranquila?
¿Escuchas pensativo el sonar de la esquila
cuando el Angelus dice el alma de la tarde?...

¿Tu corazón las voces ocultas interpreta?
Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.
La belleza te cubra de luz y Dios te guarde (1932: 1202-1203).

Pero las dedicatorias al joven poeta no quedan ahí. En “Tristeza andaluza” parece como si presentara en sociedad al joven Juan Ramón a la hermandad lírica del momento como uno de los combatientes adelantados del modernismo más puntero:

Se llama Juan, como el Arcipreste, y Jiménez, como el Cardenal [...]. Su cultura le universaliza, su vocabulario es el de la aristocracia artística de todas partes, pero la expresión y el fondo son suyos como el perfume de su tierra y el ritmo de su sangre [...]. Desde Bécquer no se ha escuchado en este ambiente un son de arpa, un eco de mandolina, más personal, más individual. Pudiendo ser obscuro y complicado es cristalino y casi ingenuo (2012: 167-170).

Este escrito publicado en *Helios* en febrero de 1904 cuando el nicaragüense viaja a Málaga también incide en la inclinación del moguereno por el color de moda: “En tu copioso y fuertemente perfumado jardín lleno de claveles, ha abierto sus pétalos armoniosos una rosa de plata pálida espolvoreada de azur” (Jiménez, 2012: 176). Esta idea del azul será recurrente tanto en composiciones de su momento modernista como en su poesía siguiente, que *El Sol* irá publicando, desde la evocación del paisaje modernista como *locus amoenus* en el retrato donde recuerda a Manuel B. Cossío a modo de “flor, estrella del mar, espiritual rayo azul” (*El Sol*, 01/12/1918: 6), hasta la prosa poética “Soledad” en la que aparece “un hoy azul y rosa” (*El Sol*, 01/12/1918-12-1: 6). También hace su aparición en el texto en prosa “Ofelia”:

Desgreñada y melladísima, venía la vieja a través del prado, de riguroso invierno, una flor azul en la mano, hablando sola y riéndose para ella (*El Sol*, 01/12/1918: 6).

En esta creación de símbolos, la muerte aparece como vieja mellada asociada al invierno, con una flor azul que bien puede remitir a la próxima ascensión al cielo del personaje mitificado de Ofelia, que morirá ahogada. De esta forma, el color va alimentándose de nuevas dimensiones semánticas cada vez más ricas que multiplican la simbología juanramoniana. Así, en otro texto en prosa llamado “Mademoiselle”, encontramos un “viejo arbustillo en flor azul constante, desteñido por el sol y el agua” (*El Sol*, 13/04/1919: 11), de nuevo una flor azul que en este caso puede potenciar la infinitud del azul dariano. Siguiendo la metáfora floral, en “Flor que vuelve” tenemos aún una insistencia en el color, que recorrerá toda su obra, puesto que nos encontramos en 1933, etapa en la que la crítica ya ha señalado la clara superación del lenguaje epocal modernista en la poética juanramoniana:

Igual, la flor retorna
a embalsamarnos el instante azul,
a dar una hermandad gustosa a nuestro cuerpo,
a decirnos, oliendo inmensamente,
que lo breve nos basta (*El Sol*, 01/06/1933: 2).

En este caso ya no estamos ante una alegoría de lo vegetal directamente asociada a la percepción multisensorial, sino que nos encontramos ante una

fusión de hondura entre el tiempo y el color, aumentando más aún el ejercicio sinestésico para dar paso a un nivel metafísico que todo lo cubre. Algo parecido ocurre en “El agua azul”, donde el elemento acuático es el protagonista para atribuirse la caracterización de base modernista y que el moguerense hace suya:

¡El cielo corre entre lo verde!
 ¡El agua azul!
 ¡Hunde tu vida en este cielo
 alto y terrestre, juventud! (*El Sol*, 22/3/1936: 5).

A las puertas del exilio americano, Juan Ramón Jiménez seguirá utilizando este mecanismo de introspección estética que exitosamente Rubén Darío puso en marcha. Los escritos que mostramos del diario *El Sol*, acompañados de los antecedentes y las repercusiones que hemos puesto en conexión en nuestro trabajo nos ofrecen una clara muestra del rol asumido por Juan Ramón Jiménez como albacea del modernismo y como difusor del nicaragüense u otros poetas del nuevo estilo que marcarán la etapa de gloria literaria en España que se ha venido denominando por la crítica como Edad de Plata.

BIBLIOGRAFÍA

- BLASCO-PASCUAL, Francisco Javier (1995): “De *Actualidad* y futuro a *Españoles de tres mundos*”, en: F. Rico (coord.): *Historia y crítica de la literatura española*, 7, 2, 125-131.
- FONTÁN-PÉREZ, Antonio (2008): “Casi un siglo de la aparición de *El Sol*”, en: *Cuadernos de periodistas: revista de la Asociación de la Prensa de Madrid*, 13, 123-130.
- GONZÁLEZ, Aníbal (1983): *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid: José Porrúa Turanzas.
- HAJAJ, Karima (1994): “Crónica y viaje en el Modernismo: Enrique Gómez Carrillo y *El encanto de Buenos Aires*”, en: *Anales de literatura hispanoamericana*, 23, 27-42.
- OLIVIO-JIMÉNEZ, José (1993): “El ensayo y la crónica del modernismo”, en: L. Íñigo Madrigal (coord.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, 2. Madrid: Cátedra, 537-548.
- SABUGO-ABRIL, Amancio (1991): “Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío: un diálogo poético”, en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 496, 131-136.
- URBINA, Pedro Antonio (1994): *Actitud modernista de Juan Ramón Jiménez*. Pamplona: Eunsa.

Fuentes documentales

- DARÍO, Rubén (1932): *Obras poéticas completas*. Madrid: Aguilar.
- El Sol* (1918-1936). Madrid.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (2008): *Piedra y cielo (1917-1918)*. Madrid: Visor; Huelva: Diputación de Huelva.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (2009): *Españoles de tres mundos*. Madrid: Visor; Huelva: Diputación de Huelva.

JIMÉNEZ, Juan Ramón (2010): *El modernismo: Apuntes de un curso* (1953). Madrid: Visor; Huelva: Diputación de Huelva.

JIMÉNEZ, Juan Ramón (2012): *Mi Rubén Darío*. Madrid: Visor; Huelva: Diputación de Huelva.

